

HACIA UN DESARROLLO DE LA CULTURA Y UNA CULTURA DEL DESARROLLO

Summary: *In this paper the meaning of 'Culture' and 'Development' are going to be analyzed and debated. The close relationship between these two concepts, it is argued, can only be fully perceived through a criticism of simplistic views on the subject. These perspectives lead to misunderstandings and false expectations concerning worldwide and national development, and at the same time encourage the process of **cultural alienation** with its pernicious non-humanistic implications. Especially in the case of Third World countries there is a tendency to confound **development** with **economic growth** —a trend that is particularly popular in the Latinoamerican context—, and this implies the impossibility of realization of an authentic cultural pattern. This is so because the basic formulations for such a pattern are not only of economic character, but, above all, they take into account **ethical exigencies** of justice, democracy and freedom. These are some of the main components of a real development in harmony with the creative richness and existential vitality of culture. The decisive consequence of the precedent discussion is the consideration of philosophy as a theoretical activity involved —with its own resources— in the promotion of the quality of life in a society.*

Resumen: *En este ensayo se dilucidarán y discutirán los significados de 'cultura' y 'desarrollo'. La estrecha relación entre estos dos conceptos sólo puede ser plenamente entendida mediante una crítica a enfoques simplistas sobre el tema. Estos enfoques conducen a malentendidos y falsas esperanzas respecto del desarrollo internacional y nacional, al mismo tiempo que promueven un proceso*

*de **alienación cultural** con sus perniciosos efectos anti-humanistas. Especialmente en el caso de los pueblos del Tercer Mundo existe una tendencia a confundir **desarrollo** con **crecimiento económico** —y esta tendencia es particularmente popular en el contexto latinoamericano—, y con esto se imposibilita la concreción de un auténtico patrón de cultura. Lo anterior se debe a que los fundamentos básicos de dicho patrón no son exclusivamente de índole económica, sino que también toman en cuenta **exigencias éticas** de justicia, democracia y libertad. Estos son algunos de los principales componentes de un verdadero desarrollo en armonía con la riqueza creativa y vitalidad existencial de la cultura. La consecuencia decisiva de la discusión anterior es la consideración de la filosofía como una actividad teórica involucrada, con sus propios medios, en la tarea de fomentar la calidad de vida en una sociedad.*

Uno de los temas más importantes surgidos de discusiones en torno a la dependencia cultural y el atraso económico de las sociedades latinoamericanas es, sin duda alguna, el problema en sí de las relaciones entre la cultura y el desarrollo. Sin embargo, a pesar de la relativa abundancia de perspectivas teóricas desde las cuales se insiste en reflexionar acerca de tales relaciones, la situación imperante más bien tiende a propiciar confusiones y malentendidos sobre problemas que son, simultáneamente, puntos de discusión en el plano conceptual, y elementos dinámicos en la ejecución de planes concretos de acción. Así vemos, por ejemplo, como perduran todavía resabios de concepciones ideológicas —distorsionantes de la realidad—

que no son capaces de examinar el fenómeno de la cultura si no es desde el ángulo de prejuicios elitistas con pretensiones de superioridad. De manera similar el tema del desarrollo continúa discutiéndose desde la óptica predominante —limitada y parcial— del desarrollismo económico. Por consiguiente es urgente fomentar, como una *exigencia ética* de compromiso con el bienestar general, el diálogo crítico y pluralista que parta de enfoques más amplios y analíticos de todas las implicaciones conceptuales y prácticas en el manejo de nociones como las de *cultura y desarrollo*.

Este trabajo se inicia propiamente con una presentación crítico-conceptual de los términos 'cultura' y 'desarrollo', así como del concepto de 'alienación cultural' que liga a los dos anteriores. En todo el conjunto insistimos en lo que puede considerarse la idea rectora y subyacente del presente ensayo: la importancia y necesidad de hacer de la filosofía un quehacer involucrado, con sus propios recursos teóricos y analíticos, tanto en la tarea de dilucidar el significado de los términos, como en la de indagar por el contenido racional —o irracional— de ciertos argumentos que suelen utilizarse en los terrenos de la actividad política con serias consecuencias para el bienestar general de una sociedad.

En este trabajo entendemos la cultura como el marco de referencia que aglutina y da sentido a las distintas actividades humanas. Actividades a las que proporciona plena direccionalidad gracias a ciertos cauces institucionales, axiológicos, simbólicos y conceptuales que regulan la convivencia social, y condicionan el desarrollo de formaciones históricas concretas. En un sentido amplio, de totalidad, la cultura también puede caracterizarse como un patrimonio acumulado de conocimientos (cotidianos, técnicos y científicos, tanto como religiosos y filosóficos) que se transmiten de generación en generación, y que se ven enriquecidos por los aportes idiosincráticos de distintos pueblos y sociedades. Por otra parte, el tema de la cultura también puede abordarse restringiendo la extensión del concepto y limitando su uso, para efectos del análisis de casos concretos, cuando se trata de presentar grupos sociales particularizados: es decir, 'culturas' con evoluciones históricas y modos de vida diferentes entre sí. Esta segunda forma de entender el fenómeno de la cultura ha resultado especialmente provechoso para el estudio comparado de sociedades con sus respectivas cosmovisiones.

Ahora bien, en uno u otro sentido que se prefiera adoptar para el examen crítico de la cultura, hay

que tomar en consideración el interrogante básico que subyace siempre la labor de análisis: ¿qué rasgos o características fundamentales debe ofrecer un entorno cultural, para que pueda configurarse en su interior todo un conjunto de condiciones estimulantes del bien común? Esencialmente todo sistema cultural ha de ofrecer una doble dimensión de *sentido de identificación*, por una parte, y de *sentido de finalidad*, en segundo lugar. El primer aspecto representa la faceta más bien 'estática' de la cultura, entendiendo con esto la contribución de seguridad material y asentamiento espiritual que el ser humano recibe merced a una inserción social (familiar, tribal, en una sociedad civil, en un estado, etc.) más o menos armoniosa y estable; el aspecto dinámico de finalidad, constituye el complemento activo de la apacible existencia de supervivencia en el grupo social. El sentido de finalidad proporciona a los grupos humanos la iniciativa necesaria para acometer empresas de transformación e interpretación constantes de la naturaleza, todo ello gracias a la imprescindible ayuda de medios teóricos (esquemas míticos, patrones simbólicos o teorías científicas) y prácticos (sistemas técnicos y tecnológicos) que ayudan a proyectar lo humano en un futuro de previsión que desborda la inmediatez de las condiciones materiales de existencia, y que, además, contribuye al estímulo de la creatividad y la imaginación filosófica y científica. Con lo anterior coincidimos en lo básico con el planteamiento de Jean Ladrière. En efecto, este autor ha insistido en que "...lo esencial que debe ofrecer una cultura es un arraigo y unos fines" (Ladrière, 1977, p. 178).

Mientras que el ámbito de la cultura permite que el ser humano se "encuentre en el mundo" de una manera que promovería, idealmente, la interrelación social con fraternidad y justicia en medio de prudentes prácticas de utilización de los recursos naturales, en otro orden de hechos también enmarca la planeación futura y la acción transformadora con vista a la consecución de objetivos deseables a largo plazo. En realidad, la cultura complementa y armoniza tres aspectos en interacción permanente: i. un proceso de socialización en el presente, ii. un retorno 'crítico' a la herencia y tradiciones del pasado, y iii. una previsión de las empresas por realizar en el futuro. Todo esto los hombres lo perciben como una *unidad* (que puede llamarse 'concepción del mundo') que fluye coherentemente en la medida en que se van cumpliendo las metas propuestas más cercanas. Por otro lado, hay que insistir en que dicho sentido de unidad, de integración de las

diversas manifestaciones de la creatividad y productividad del ser humano no puede darse, en su plenitud, en ausencia de condiciones aptas para el desenvolvimiento material de los miembros de una colectividad. Aquí, desde luego, se trata de hacer mención de un concepto que examinaremos con mayor detalle posteriormente, nos referimos a la noción de 'desarrollo' que representa el complemento ineludible para una pauta de existencia que da cabida a la creación intelectual, ya sea el ingenio técnico o la especulación filosófica y científica, enmarcada por políticas integrales de mejoramiento de la calidad de vida y de las necesidades sociales básicas.

Hemos insistido en que la cultura debe proporcionar al hombre un sentido de unidad y vinculación tanto con su entorno natural como con las instituciones que encuadran su vida social. El hecho de que los hombres sean, como a menudo se repite, los 'constructores' de su cultura, da pie para insistir en que la vitalidad creativa de cada modelo cultural enraizado en formaciones históricas concretas depende, fundamentalmente, del esfuerzo mismo de los hombres por moldear y forjar los medios idóneos para su convivencia grupal. De ahí la importancia de subrayar que el instrumento primordial en la 'humanización' de la naturaleza, la *razón*, debe ser visto como el medio imprescindible para dotar a las formas de la cultura (llámese filosofía, ciencia, política, etc.), de un sentido máximo de información que propicie el ejercicio enriquecedor de tales formas en la tarea de optimizar la calidad de vida, esto gracias a la satisfacción de necesidades materiales y espirituales. Si no hay una vigorosa presencia de la capacidad racional —de la crítica y el examen de los problemas en una cultura—, o si ésta se haya acosada, amordazada o perseguida por dogmas ideológicos impermeables al uso de la razón, el sentido de "arraigo" o de "finalidad de la existencia", que son los dones propios de una cultura de la libertad, probablemente agonizará en la misma medida y proporción en que florecerán las actitudes irracionales. Actitudes que estimulan la persecución, al amparo de nuevas ortodoxias, de cualquier brote de independencia e inconformismo. Una sociedad que se vea obligada a renunciar al imperativo de la crítica racional, o que la haya sustituido por cómodos recetarios ideológicos de cariz sectario, se verá irremediabilmente inmersa en un proceso de *alienación cultural*.

Cuando un cierto patrón de cultura no logra el fomento ni la consolidación del arraigo individual o la identificación colectiva con cierto conjunto de

objetivos asumidos preferencialmente, y, más bien, propicia una renuncia de la capacidad decisoria en las políticas que podrían conducir a tales objetivos, se da una situación de pérdida de identidad cultural. Se pierde la autonomía intelectual y se adoptan modelos que frecuentemente entrañan criterios valorativos, tanto como esquemas normativos, contradictorios con los que habían sido los dominantes en el modelo cultural desplazado. Como es bien sabido, una de las interpretaciones más populares e influyentes, la versión marxista, sostiene que el origen de la alienación del hombre contemporáneo, su 'extrañamiento' de los demás hombres, de la realidad social y de sí mismo, ha de buscarse en la estructura propia del sistema capitalista que estimula la separación del trabajador (ya 'alejado' de los medios de producción) de los productos de su labor diaria, a la que se aferra por necesidad pero que en modo alguno identifica como un quehacer creativo o de realización personal). Así, en tanto que perteneciente a una clase explotada y manipulada por el capital, el trabajador, como diría Sartre, no se "reconoce" en lo que hace y se siente, por el contrario, víctima de las leyes del mercado y de su correlato la sociedad de consumo. En ciertas perspectivas de índole quizá más psicológica, pero que buscan siempre la raíz de los males del 'desarraigo' en el desarrollo de las naciones industrializadas, pensadores que intentaron conformar una *teoría crítica de la sociedad* alinearon sus baterías contra el avasallamiento de la individualidad —y la difusión del conformismo— y la masificación de la personalidad —gracias al recurso de un indolente consumismo— en las llamadas sociedades 'desarrolladas' del Primer Mundo. En dichas sociedades el hombre alienado, el que se deja llevar pasivamente por los acontecimientos, sin manifestar ni oponer su punto de vista contra situaciones de injusticia o explotación hacia otros hombres, acaba por aceptar, como dijo Jürgen Habermas, el "aprimsonamiento" de la verdad, erigiéndose así en cómplice de su olvido o manipulación ideológica.

La ignorancia o indiferencia respecto de los procesos históricos, característica de la conciencia alienada, alcanza su más descarnada y dramática expresión en el caso de países que, como los latinoamericanos, sufren un proceso sistemático de enajenación cultural resultado de prácticas impuestas de dominación política y económica. Son prácticas que impiden vislumbrar situaciones de convivencia y cooperación internacional donde no predominen modos inhumanos de concebir las relaciones económicas, la estructuración de la sociedad, y el ejerci-

cio de la voluntad política. En la concreción de formas humanistas de organización colectiva, la "des-alienación" de la cultura es una tarea que se asume como condición necesaria para la consolidación de patrones políticos y económicos que coadyuven a la plenitud de la vida social, y promuevan también la realización personal. Por todo ello, des-alienar quiere decir 'de-velar' la verdad y hacerla patente, significa descubrir y poner en evidencia los numerosos mecanismos de que se vale el pensamiento irracional para imponer y 'justificar' tipos diversos de expropiación económica y degradación cultural. Como parte esencial de una tarea crítica que contribuya al objetivo de des-alienar el pensamiento y devolverle su autonomía y capacidad analítica, el examen de lo que ha significado la noción de *desarrollo* en el contexto latinoamericano puede servir de ilustrativo ejemplo.

La utilización abusiva, y muchas veces demagógica, del concepto de desarrollo se pone de manifiesto en el amplio catálogo de enfoques que pretenden descifrar las claves para alcanzar el tan anhelado Desarrollo. Sin embargo, la cantidad de perspectivas y estudios, tanto como planes o estrategias para el desarrollo, no muestra un importante grado cualitativo en propuestas que a veces son consideradas casi como panaceas milagrosas para la erradicación del endémico subdesarrollo tercermundista. Por lo menos en las últimas cuatro décadas dos modelos han rivalizado en atención e influencia en las sociedades latinoamericanas. Por una parte, el modelo o enfoque *desarrollista*, de corte anglosajón, disfrutó sus momentos de gloria en lo que se ha dado en llamar su 'década dorada' a partir de 1945; economistas, sociólogos y demás científicos sociales propusieron su propia interpretación del subdesarrollo latinoamericano enfatizando, ante todo, las medidas necesarias para superar tan lamentable estado. De otro lado, el posterior modelo o *teoría de la dependencia*, con su clara ascendencia marxista, propondría una nueva explicación del atraso latinoamericano que tomaba en cuenta factores inéditos para el enfoque desarrollista. La teoría dependendista pretendió superar los puntos de vista que muchos de sus partidarios consideraban simplistas o distorsionadores de la realidad latinoamericana por parte de la teoría desarrollista. Sin embargo, tanto uno como otro modelo, cada cual en sus horas de gloria, se ha concentrado excesivamente en el aspecto económico-estructural del tema del subdesarrollo latinoamericano. Con ello se han descuidado otras dimensiones que son complemento necesario para un auténtico progreso integral

de los pueblos. Así entonces, se hace urgente elaborar un lenguaje 'desarrollado' de lo que significa, en planes concretos de acción, el propio concepto de desarrollo en su relación con el tema de la cultura, relación cuyo estudio ha sido —en líneas generales— dejado injustamente de lado.

En el caso de la teoría del desarrollo, algunas de las críticas más severas que se le han hecho insisten en el carácter marcadamente estático de la mayoría de sus propuestas. Estas buscaban interpretar y transformar en su momento las débiles economías latinoamericanas en pujantes sociedades enrumadas hacia una meta de desarrollo material sostenido. Así, por ejemplo, los ataques a la rigidez e inflexibilidad del modelo desarrollista se encargaron de mostrar el acentuado formalismo de una teoría que "buscaba reducir las historias de los diversos países de Asia, Africa y América Latina, a los requerimientos de modelos o tipos ideales y jergas que distorsionaban la verdadera lógica del cambio social en dichas áreas" (T. Smith, 1985, p. 537). En especial, se criticó el escaso poder explicativo de una perspectiva que, en la teoría, intentaba equiparar sociedades con disímiles evoluciones culturales dentro de una misma casilla de desarrollo homogéneo, mientras que en lo práctico no acertaba a establecer las causas subyacentes del hecho mismo del subdesarrollo. La insistencia en realizar un pretendido desarrollo económico anteponiéndolo a cualquier consideración de idiosincrasias nacionales, ciertamente ocultaba la carencia de un enfoque filosófico más amplio que no descuidara otras dimensiones necesarias —complementarias del aspecto económico— para un auténtico desarrollo en todos los planos de una sociedad. En particular, el fracaso de políticas economicistas para la región, dirigidas por las potencias occidentales, contribuyó a gestar una conciencia más lúcida en torno a lo que debe ser y comprender un desarrollo con distintos factores en interacción dinámica. El aspecto de la cultura, subestimado por comparación con el economicismo desarrollista, se ha visto revalorizado a medida que se producen interpretaciones más recientes y menos reduccionistas sobre el tema del desarrollo. De esta forma, si bien se sigue pensando que con el desarrollo se persigue básicamente superar condiciones deficientes de vida —lo que se llama también la satisfacción de las necesidades básicas—; por otra parte, el ámbito de la cultura se considera ahora un factor que complementa y enriquece el progreso material. Se da un apoyo mutuo entre el nivel del mejoramiento material, socioeconómico, y el plano de la realiza-

ción personal y la proyección colectiva de metas (“arraigo” y “finalidad”) característico de la cultura. En tanto que la posesión de un marco racional de cultura propicia la identificación con una cierta forma de vida compartida y orientada por ciertos valores y deseos; por su parte el desarrollo coherente de condiciones materiales básicas de existencia posibilita no sólo un disfrute más pleno de los bienes culturales —satisfechas las necesidades de supervivencia—, sino que además permite la proliferación de nuevas opciones de arraigo mediante el estímulo de la creatividad personal. En síntesis: “La cultura sin desarrollo es estéril: el desarrollo sin cultura es inhumano” (L. Camacho N., 1983, p. 37).

A la luz de lo anterior tal vez podría empezarse a reflexionar sobre la mejor manera de integrar el desarrollo de la cultura y una renovada concepción de ‘desarrollo’, en conjunción con los mejores aportes de la teoría de la dependencia latinoamericana. Esta teoría, ya lo habíamos señalado, ciertamente explora con mayor agudeza las causas de la posición tan poco privilegiada del subcontinente latinoamericano en la trama de las relaciones internacionales. De hecho, la misma aparición del concepto de ‘dependencia’ entraña un cambio radical de perspectiva histórica—crítica respecto de los enfoques desarrollistas. Pues, en efecto, la noción de dependencia ofrece un *marco explicativo* tal que, sin descuidar las especificidades políticas o geográficas de cada pueblo latinoamericano, procura incluir el proceso del subdesarrollo en un sistema de relaciones más amplio que determina las características del conjunto. Además, por lo anterior es que se debe buscar un balance satisfactorio en las relaciones de poder norte/sur; pues las actuales, con sus constituyentes estructuras sociales y modos de producción, “colocan a algunos países en posiciones de control y dominio y a otros en posiciones de impotencia y sometimiento” (K. Nielsen, 1984, p. 37). Por eso, más que una “categoría causal” que generaría mecánicamente el estado de atraso, el concepto de dependencia más bien “hace referencia a la *matriz de relaciones* que constituye la *condición general* de todas las determinaciones, pero que no causa por sí sola esas relaciones de determinación” (T. Vasconi, 1975, p. 49). No obstante, parece que los enfoques dependentistas necesitan concentrar sus esfuerzos en la consolidación de una síntesis cultura/desarrollo que supere, o mejor aún que integre, por una parte, la convicción de un *cambio social* promotor de justicia social y económica, y por otro lado, el examen de las aspiraciones y lega-

dos de una *tradicón cultural* que resulta ser, literalmente, el basamento de cualquier iniciativa de reforma social. Se trata, en definitiva, de acometer la empresa de impulsar el desarrollo material —por parte de pueblos que comparten una misma situación histórica o “matriz” común de dependencia— sin descuidar la tarea de ampliar el espacio de libertad y de discusión democrática que, sin duda, impulsan el trabajo creativo, crítico y responsable por parte de los componentes de un grupo social.

La labor de síntesis y complementariedad crítica que demandan los problemas de la cultura y el desarrollo, requiere de una mentalidad dispuesta a la invención de opciones conceptuales —teorías, hipótesis o conjeturas— que enriquezcan y ensanchen la capacidad racional de los hombres. *La intensificación de la racionalidad*, ya sea que a ésta se la conciba como el mejor medio para esclarecer el significado de ciertas discusiones confusas, o ideológicamente tendenciosas a favor de los intereses de la explotación y la alienación; o ya sea que se la entienda como una actitud vital que ha de manifestar quienquiera se encuentre en situaciones de poder y autoridad —es decir, en la toma de decisiones sobre asuntos que afectan la calidad de vida—, parece en todo caso que dicha intensificación es la mejor contribución que el quehacer filosófico puede ofrecer en relación con estos problemas. La filosofía debe insistir en su afán de moldear cierto tipo de hombre, de ciudadano, que estimule en su propia esfera de realización personal el intercambio crítico de ideas y que además promueva, como lo ha sugerido R. Rorty, la “conversación”: la discusión analítica sobre la base de la pluralidad de puntos de vista. Se intenta conformar un cierto tipo de individuo racional que también asuma una postura de “humildad intelectual”, actitud que como ha dicho Popper, tal vez “sólo la pueden aceptar quienes habitualmente no olvidan sus errores. Nace de la comprensión de que no somos omniscientes y de que debemos a otros la mayoría de nuestro conocimiento” (K. Popper, 1983, p. 426).

Ubicar la reflexión filosófica en el terreno agreste de las controversias en torno al desarrollo de los pueblos, y en discusiones sobre el incremento cualitativo de sus pautas culturales, también puede contribuir para que se recuerde que el trabajo intelectual entraña una dosis considerable de *responsabilidad* en el uso de sus herramientas conceptuales. Tal “sentido de responsabilidad”, como un autor lo ha llamado, se manifiesta “no sólo ante sí mismo y ante la propia especie, sino también ante otras especies y el mundo en general” (Ferrater Mora,

1984, p. 64). La responsabilidad comporta, asimismo, una doble dimensión de compromiso teórico-práctico. Por una parte, el compromiso teórico se pone de relieve en el apego a la mejor información disponible, para el estudio de los problemas y para la elaboración de sus respuestas tentativas. De otro modo, el compromiso práctico se ejemplifica en cierta capacidad ética que, fundamentalmente, intenta concretar pautas de comportamiento individual y social cada vez más enriquecedoras. Gracias a esta doble faceta del "sentido de la responsabilidad" que en sí lleva el ejercicio de la racionalidad, podemos entender la labor reflexiva de la filosofía como una actividad que puede ayudar a fomentar, con sus propios recursos, la calidad de vida en una sociedad. Todo lo anterior en el marco de un desarrollo comprensivo de los bienes materiales, y de una intensificación de las opciones de "arraigo" y "finalidad" que puede ofrecer la cultura.

Existe como hemos visto, una relación esencial entre los conceptos de cultura y desarrollo con la misma crítica racional que el quehacer filosófico debe propiciar. Por un lado, es necesario un *desarrollo de la cultura*, de modo que se resalten los rasgos definitorios de este ámbito vital de la convivencia social; ámbito que ha de proporcionar, esencial e idealmente, un patrón de coherente identificación en las aspiraciones de los grupos humanos. Estos grupos logran, gracias a dicho patrón, explicar su pasado, entender su presente y plantear los objetivos de su existencia a largo plazo. La cultura dota de un sentido de totalidad los esfuerzos del hombre para comprender y transformar su entorno natural y social. Por otra parte, también es necesario estimular la configuración de una auténtica *cultura del desarrollo*; es decir, hay que recordar que la meta primordial del desarrollo, cual es la superación de condiciones de precariedad material y el acrecentamiento de la calidad de vida —que va aparejado con la distribución equitativa de los recursos de una nación—, no podrá alcanzarse ínte-

gramente sin un estímulo comprensivo de todas las potencialidades humanas. Esto significa que el desarrollo debe permitir la emergencia del pensamiento crítico y orientador como un elemento vital de su mismo progreso. Una sociedad que proteja y aliente la difusión de lo que Marcuse ha llamado la "categoría fundamental del pensamiento filosófico", vale decir, la razón, será una sociedad que quizá podrá mitigar los efectos de la alienación cultural. Alienación que tiende a la supresión del ejercicio de la racionalidad, y que se manifiesta sobre todo en la aceptación acrítica de teorías del pseudo-desarrollo que contribuyen no sólo a la masificación, el consumismo y el deterioro del medio ambiente, sino también al desarraigo cultural. Con el desarraigo alienante al acecho, una sociedad puede ser víctima fácil de la indiferencia y el fatalismo en sus proyectos de desarrollo, y con ello, desde luego, se desaprovechan las inmensas posibilidades reconstructivas de la razón.

CITAS BIBLIOGRAFICAS

- Camacho, Luis A. (1983) "Desarrollo y cultura: enfoques y desenfoques", *Revista de filosofía de la Universidad de Costa Rica* XXII, 31-38.
- Ferrater Mora, José (1984), "Las variedades de la inteligencia", *Revista de Occidente* No. 35, 49-65.
- Ladrière, Jean (1977), *El reto de la racionalidad* (Trad. por José María González Holguera). Salamanca: Sígueme/Unesco.
- Nielsen, Kai (1984), "Global Justice, Power and the Logic of Capitalism", *Crítica* XVI, 35-51.
- Popper, Karl R. (1983) *Conjeturas y refutaciones* (Trad. por Néstor Míguez y Rafael Grasa). Barcelona: Editorial Paidós.
- Smith, Tony (1985), "Requiem or New Agenda for Third World Studies?", *World Politics* XXXVII, 532-561.
- Vasconi, Tomás (1975), "Dependencia y superestructura", en Chacón, Alfredo (et al.), *Cultura y dependencia*. Caracas: Monte Avila Editores.

Amán Rosales R.
Escuela de Filosofía
Universidad de Costa Rica
Costa Rica